



LA FIESTA DE LA RAZA

O. Completas. VIII

Por MIGUEL DE UNAMUNO

(Para LA NACION)

SALAMANCA, octubre de 1919.

Parece ser que se ha solemnizado una vez más aquí, en España, eso que de real orden se ha dado en llamar la fiesta de la raza. Es la celebración del aniversario del descubrimiento del Nuevo Mundo por Colón el día 12 de octubre de 1492 y los hombres del mundo viejísimo que suelen celebrarlo no descubren nada nuevo. Por desgracia para los estudiantes este año ha caído el 12 de este mes de octubre en domingo, con lo que se les ha restado un día de vacación oficial, y lo extraño es que no hayan protestado de ello. Si la flamante fiesta hubiese caído en día feriado, o de clase, tampoco por eso habrían acudido a ella. Y con muy buen acuerdo. Pues pocas cosas demuestran mejor que esa solemnidad, apenas establecida ya litúrgica, la hondura, casi insondable, de la España oficial y de la oficiosa. La oficiosa peor aun que la oficial, y ya es decir!

Tenemos, en primer lugar, que hacer notar una vez más lo poco propio de eso de «raza», que es uno de los términos más anfibológicos y comprometedores. «Raza», en castellano vocablo hermano de «raya»—como bazo lo es de «bayo», por el color—equivale a línea y a linaje. Aquí, en las villas, se le llama «raza» a cada hebra que se puede seguir en un tejido y «raza de sol» a una raya de él que se filtra por una rendija a un lugar obscuro. Pero raza o linaje, en el sentido de la carne y de la sangre, no se le puede llamar, en todo rigor, a la colección de pueblos que pueblan las naciones en que es lenguaje oficial y a la vez corriente entre las personas cultas y familiar el castellano o español. Sin embargo, teniendo en cuenta, como tanto nos complacemos en repetir, que la lengua es la sangre del espíritu, el vehículo que reparte en éste las ideas y hasta los sentimientos, no es tan impropio eso de hablar de raza. Y de raza española o sea que se expresa en lengua española. O si se quiere incluir el Brasil, ibérica. Si bien la tradición histórica abona el que se le incluya a Portugal, o sea a su lengua, entre los pueblos hispánicos. Lo que ya es aburrido es llamarlos latinos. Como es otra impropiedad decir sudamericanos en vez de suramericanos, ya que se dice América del Sur y no del Sud. Mas dejémoslos de estas menudencias, que si no fueran sintomáticas de otras cosas ni valdría la pena de ocuparse de ellas.

Valiera más que en vez de fiesta de la raza se le llamase fiesta de la lengua, y que en ella se celebrase lo que durante el año se haya hecho por mantener la unidad y a la vez la variedad de nuestro común lenguaje, por enriquecerlo con la integración de las distintas modalidades que de él se produzcan en los vastos dominios de la veintena de naciones—incluyo a España y a Filipinas—en que se habla y por el conocimiento mutuo de los ingenios que en ellas florezcan. Pero no se hace nada de esto sino una de esas grotescas solemnidades

oficiales u oficiosas—aun peor las oficiosas que las oficiales—en que algún vate—no le queremos llamar poeta—de uniforme dispara una de esas odas que no disuenen en oídos augustos y que es de rigor que sean de una oquedad abismática.

Esto aquí, que lo que es por ahí... Cada vez que en libro, revista o diario de esos pueblos americanos de lengua española me topo con una oda a la «madre España» donde no puede faltar lo de «hidalguita» y «prez», y «tizona» y el «Cid», si es que no algún «casaz» y hasta «magüer»—solemnísimo disparate, pues nunca fué «magüer» sino «maguer», sobrando la diéresis—cuando topo con eso me echo a temblar. Y voy a leer aquellos pasajes de

escritores americanos en que éstos, según nuestros quisquillosos españoles, maldectan de España. ¡Con cuánto más cariño se la trata en ellos!

Estoy leyendo la «Historia de la Literatura Argentina» de Ricardo Rojas, libro del que he de tener mucho que decir y en el que con tan ponderado, sereno e ilustrado criterio se trata el problema de la raza espiritual del pueblo argentino, de su indianidad, de su españolidad, de su argentinidad, de su americanidad y hasta de su humanidad. Pero dejando para otras ocasiones, y principalmente para lo que escriba con destino a publicaciones españolas, el hablar más por extenso de esa obra sólida y amena a un tiempo mismo, voy a fijarme aquí en algún detalle.

Hablando Rojas de las ediciones de «Martín Fierro»—poema sobre el que llevo veinticinco años, desde 1894, llamando la atención de mis compatriotas sin muy grande resultado—dice poder asegurar que pasan de 100.000 los ejemplares hasta ahora impresos, sin contar sus ediciones en diarios y revistas, éxito no alcanzado ni por la «María» de Jorge Isaacs, ni por el «Facundo» de Sarmiento, ni por el «Ariel» de Rodó, ni por libro alguno en América. Y añade en su nota: «Agregaré que se trata casi exclusivamente de ediciones argentinas, y para la clientela interna de nuestro país. No dudamos que el éxito será mayor cuando el comercio editorial lleve este poema al continente y a España». ¿No lo duda Ricardo Rojas? Pues nosotros sí que lo dudamos. Y por lo menos creemos que para que ese poema y otras obras hispano-americanas, como ella henchidas de alma popular, se prendan en España hay que escardar aquí primero la grama y broza del ibero-americanismo oficial y oficioso.

He estado leyendo con singular deleite las novelas de «Hugo Wast», y al ver en la portada de «Valle Negro» y en la de «Ciudad Turbulenta, Ciudad Alegre» las sendas indicaciones de «40. millar» pensé que pocas, poquísimas novelas llegan en España a esa tirada en el tiempo que ellas llevan de publicidad. Y eso que aquí hay unas tres veces los habitantes que en la Argentina, lo que no quiere decir que haya triple número de lectores. (Además los más de los lectores no compran aquí los libros que leen y con un ejemplar se remedian



UNIVERSIDAD SALAMANCA



varios de ellos). ¿Llegarán a circular por España las novelas de «Hugo Wast»?

Otro ejemplo. Una excelente, excelentísima poetisa oriental—y esto de oriental le cuadra por algo más que por ser uruguaya—Juana de Ibarbouron, ha escrito unas poesías de una castísima y ardiente desnudez, de un ardor de pasión contenida que recuerda a las de Safo—no la de la leyenda,—poesías que no sé de mujer española que las haya escrito y si las hubiera escrito no las habría publicado y menos estando, como está la Ibarbouron, casada, y habiéndole inspirado esos poemas el que es hoy su marido. Esas poesías, incorrectas a las veces, desmañadas tal vez, pero intensas y hondas y encendidas, poéticas, en fin, casi siempre, forman un volumen que se titula «Las Lenguas de Diamante» y este título es acaso el único desacuerdo grave de la obra. La autora nos ha remitido sendos ejemplares—¡gracias!—a Juan Ramón Jiménez, a Antonio y Manuel Machado y a mí. Los cuatro diremos—por lo que a ella hace estoy de ello seguro—lo mucho bueno que de esa poesía tan genuinamente femenina creemos y sentimos. ¿Lograremos que se lea por aquí a la Ibarbouron? No lo sé...

Cierto, ciertísimo que nuestro público español es lento, muy lento, extraordinariamente lento para enterarse de algo y que pasan a las veces años hasta que se da cuenta de haberse pu-

blicado algo, y cierto también que de los éxitos fulminantes de librería hay que fiarse muy poco; pero en tratándose de cosas de la América de lengua española el público abachillerado español, el sencillito—no ya el pueblo,—es en extremo receloso. El juicio de Baroja, que tanto escandalizó a unos y tanto divirtió a otros—Baroja es más divertido que escandaloso—es un juicio que representa bastante bien el juicio medio de la clase media intelectual española sobre esa América. Clase media intelectual española que, por supuesto, apenas sabe cosa alguna fija y segura sobre esa América. No más que sabe sobre nuestra España cosa fija ni segura la clase media intelectual americana. Estado de cosas que tenemos el deber de trabajar por que desaparezca. Pero ¿cómo?

¿Cómo? Desde luego sin solemnidades como las del pasado 12 de octubre, sin fiestas así de la raza. Fiestas que ahí y aquí huelen a colonia. Y es el olor a colonia, es el dejo colonial lo que hay que borrar. Hace siglo y medio esa Argentina era aún una colonia española y hoy los españoles establecidos en esa y en las demás naciones americanas de lengua española constituyen lo que se llama colonias. Y tenemos que limpiar el mal dejo de uno y de otro colonialismo.

El que esto escribe tiene un patriotismo que se podría llamar lingüístico, mantenido y acrecentado acaso por su función oficial de enseñar la historia de la lengua española; para él la lengua es patria. Dice y repite que le tiene sin cuidado el que se hable mal de España, siempre que sea en español. Y como, con su característica modestia, se considera un publicista sobrenacional o internacional, un publicista en lengua española más bien que

Tu

Tu

Tu

español—aunque sea muy español, y doblemente español o intraibérico, por ser vasco y vasco de pura raza—le molestan todos los colonialismos. Todavía no hay colonias hispanoamericanas—argentina, mejicana, cubana, etc.—en Madrid, y si se formaran era deber nuestro anegarlas. Aparte, claro está, del estado oficial de ciudadanía nacional. Opinamos, por ejemplo, que un americano de lengua española debería tener el mismo acceso que un español a ciertas funciones docentes oficiales en España.

«¿Y de eso del intercambio?» En primer lugar no sabemos en qué se diferencia el intercambio del cambio a secas. Pero es palabra que ha adquirido cierto prestigio; prestigio solemne y... litúrgico. Lo del intercambio es un tópico para uso de ministros de instrucción pública y otros próceres oficiales y oficiosos de la misma laya.

Ahora se habla aquí de una expedición solemnísima y augusta. Después de ella se desarrollará de una manera maravillosa el mutuo conocimiento entre España y la América que se separó de ella; como si lo viéramos.

¿Que hay en este escrito un tono...? Sí, el tono de un hombre que no es ya joven, que lleva cerca de treinta años trabajando, a su manera, por la comprensión, que es la única unión verdadera, mutua de los pueblos de lengua española; de un hombre que, como Renan para el francés, hace votos por que se llegue hablando español al valle de Josafat y que empieza a desfallecer. En el escrito en que Renan formulaba ese voto, decía del francés que es una lengua excelente para dudar. ¿No será acaso el español una lengua excelente para negar? Enrique Federico Amiel estampaba más de una vez en su «Diario» la palabra española «nada», y el oficial italiano que nos acompañó en nuestra visita a su frente de guerra nos decía que lo que más le impresionaba de nuestra lengua—que desconocía—era nuestra manera de pronunciar esa palabra: «nada!». ¿No extrajo, acaso, Miguel de Molinos la quintaesencia de la filosofía de la lengua española?

Pero de esto otra vez.

